

colegio del doctor Blimber; de tal modo tenía un corazón de matrona romana) se escondió detrás de la puerta y allí estuvo fortificada hasta que, recogido el capitán en su cuarto, se sintió más tranquila y se atrevió á cruzar el pasillo y reunirse con sus hijos.

CAPÍTULO XVIII

PADRE É HIJA

Reina en casa de mister Dombey un profundo silencio. Los criados suben y bajan por la escalera sin el menor ruido de pasos: tienen largas conversaciones, están de sobremesa bebiendo y se consuelan así de la desgracia siguiendo una triste costumbre. Mistress Wickam, con los ojos llenos de lágrimas, refiere melancólicas anécdotas, explica que ya había vaticinado lo sucedido, ya se lo tenía dicho á mistress Pipchin: bebe más de lo acostumbrado; se halla triste, pero también locuaz. En igual situación de ánimo está la cocinera. Prepara una fritura para comer y defiende, con igual tenacidad, sus ojos de la emoción que les producen las lágrimas y de las que le causan las cebollas. Tawlinson dice que ya se sabe: las casas de la esquina tienen muy mala sombra. Parece á todos que Pablo se murió hace ya mucho tiempo; y, sin embargo, aún el niño reposa, sosegado y hermoso, en su lecho.

Al anoecer se presentan unos visitantes — silenciosos, con zapatos de fieltro, — los que tiempo atrás vimos. Consigo traen un lecho extraño para acostar al niño. Durante todas estas horas el despo-

jado padre no se ha dejado ver de nadie: está sentado en un rincón de su cuarto, poniéndose de pie de cuando en cuando para dar unos pasos y volver á sentarse. Sin embargo, se susurra entre los sirvientes que alguien le vió subir de noche al cuarto de Pablito y que allí ha estado hasta el amanecer.

En las oficinas de la City están cerradas las persianas: la luz del día entra por las junturas amortiguando la claridad de las lámparas encendidas, mientras la claridad de estas lámparas parece amortiguar á la vez la luz del día, prevaleciendo una semioscuridad en todo. Nadie tiene ganas de trabajar: se citan para la hora del almuerzo y á dar luego un paseo por la orilla del río. Perch está haciendo recados y no concluye nunca; á lo mejor se le ve en una taberna tomando una copa con algunos amigos y discurriendo acerca de la incertidumbre de la vida. Vuelve á su casa de Ball's Pond antes que de costumbre y obsequia á su mujer con una chuleta y con cerveza. Mister Carker no habla con nadie; nadie le habla tampoco; pero él se está en su habitación, enseñando su dentadura todo el día, y se nota como si de su camino hubiera desaparecido algún obstáculo y tuviera delante vía libre.

Las dos muchachitas sonrosadas que viven en la casa frente á la de mister Dombey, miran por las ventanas á la calle: ven cuatro caballos empenachados y un carruaje también con plumas. Hay mucha gente que está mirando al coche, á los caballos, á unos hombres que van detrás del coche con bastones y bandas. El titiritero, que iba á empezar sus juegos malabares, en la esquina, tapa su traje de colorines galoneado, cubriéndose con su ancha capa; y su pobre mujer, cansada, con una criatura en brazos, se

acerca al grupo de gente para mirar lo mismo que están mirando todos, y oprime contra el pecho á la criatura que tiene en brazos, cuando ve salir de la casa la fúnebre y no pesada carga. La más pequeña de las sonrosadas niñitas que están mirando por la ventana dice entonces á su niñera, señalando con su manecita: «¿qué es eso?»

Ahora, en medio de criados vestidos de negro, y de mujeres que lloran, sale mister Dombey. Se dirige al segundo de los coches que están formando fila. La gente dice que no parece muy abrumado por el sentimiento.

Va erguido, como siempre, y anda con paso firme. No se tapa la cara con pañuelo y mira recto, hacia adelante. Tal vez está algo pálido, se le ve algo afectado, pero su expresión es la de siempre. Toma asiento en el coche y con él otros tres caballeros. El séquito se pone en marcha lentamente. Aún se ven, balanceándose á lo lejos, los penachos, y ya el titiritero se ha quitado la capa, y la misma gente que miraba el entierro, hace corro para mirar los juegos malabares. Solamente la mujer del titiritero parece algo más tarda en acercarse al platillo á los espectadores; y es que piensa en su niño, envueltecito en un mantón; piensa que acaso no llegue á ser hombre, acaso no se vista jamás las calzas ajustadas y de color de carne y el corpiño azul y oro; acaso no dé nunca volteretas sobre las piedras del arroyo.

Los penachos siguen su fúnebre camino; cruzan calles y se van acercando á un lugar donde está sonando una campana. Es la iglesia, la misma donde el lindo niño recibió todo lo que de él queda en la tierra: un nombre. Allí, al lado de su madre, depositan su cuerpo inanimado. Bien está. Florencia, en sus

paseos solitarios — ¡oh, bien solitarios! — podrá pasar cerca de aquellos restos diariamente.

Concluido el entierro, el sacerdote se retira y mister Dombey mira en derredor preguntando en voz baja si ha llegado la persona que ha de recibir sus instrucciones con respecto á la lápida.

— Sí, señor; — contesta un hombre, acercándose.

Le explica mister Dombey lo que desea; dónde quiere que se ponga la piedra; señala con la mano, en la pared, cuál debe ser la dimensión y cuál la forma; cómo debe estar por bajo de la lápida de su madre, y él mismo, con lápiz, escribe la inscripción que ha de ponerse, añadiendo:

— Deseo que todo se haga inmediatamente.

— Dicho y hecho, señor.

— Lo único que ha de inscribirse, como ve usted, es el nombre y la edad.

El hombre se inclina á mirar el papel, y está á punto de decir algo; pero mister Dombey no hace caso y se dirige hacia la puerta.

— Dispense usted; — le dice el marmolista tocándole en la capa de luto; — pero como desea usted que se haga inmediatamente, y no podrá corregir...

— ¿El qué?

— ¿Quiere usted hacer el favor de leer lo escrito?

¿No hay alguna equivocación?

— ¿Dónde?

El marmolista señala las palabras « hijo único ».

— Tal vez. Ponga usted « hijo » nada más.

El padre se dirige con paso rápido hacia el coche. Y cuando las tres personas que le acompañan en él vuelven á ocupar sus asientos, observan que, por la primera vez, mister Dombey se cubre la cara con la capa. Baja el primero y se va en seguida á su cuarto.

Las tres personas que le acompañan (mister Chick y dos médicos) suben á la sala de recibo, donde se hallan mistress Chick y miss Tox. Qué le ocurre á la persona que se ha recogido en la habitación debajo de la sala, qué semblante tiene, en qué piensa, cómo late su corazón, de qué manera sufre: no se sabe!

Lo que sí se conoce, abajo, en la cocina especialmente, es que parece domingo este día; tanto, que no aciertan á explicarse por qué motivo la gente que pasa por la calle va vestida de diario, se dedica á sus ocupaciones ordinarias, como si no sucediera nada. Las persianas abiertas, las maderas de las ventanas no cerradas, parece que infringen la costumbre dominical; la servidumbre de mister Dombey, reunida en la cocina, se resigna á tales infracciones y se reconforta bebiendo unas botellitas de vino, como si solemnizaran una fiesta. Al mismo tiempo se sienten muy inclinados á la moralidad.

— Hagamos propósito de enmienda; — propone Towlinson, con el vaso en la mano, como si fuera un brindis. Á lo que la cocinera responde con aire compungido:

— ¡Ah, sí; bien sabe Dios que lo necesitamos!

Por la noche mistress Chick y miss Tox reanudan sus labores de aguja. Por la noche también sale Towlinson á dar una vuelta acompañando á la doncella que aún no se ha probado el sombrero de luto. Parecen muy amartelados y tiernos en la penumbra de la esquina, y Towlinson se hace mil gratas ilusiones viéndose ya tendero establecido en el mercado de Oxford.

Aquella noche se duerme en casa de mister Dombey mucho mejor que las pasadas, en largo tiempo. El sol de la mañana despierta á todas las personas

de la casa y cada uno se ocupa en sus quehaceres habituales. Las sonrosadas niñas de enfrente vuelven á jugar con los aros. En la iglesia se celebra una solemne boda. La mujer del titiritero pasa activamente el platillo por un corro en otro barrio de la ciudad, y el marmolista canta y silba al compás de los golpes con que traza las letras P-A-B-L-O.

¿Es posible que en un mundo tan atareado y tan lleno cause la desaparición de una criatura tan débil un vacío tan grande, tanto que no logren llenarlo sino la magnitud de la eternidad y su grandeza? Florencia, en su aflicción inocente, hubiera dicho: « ¡ Oh, hermano mío queridísimo, único amigo y compañero de mi niñez abandonada! ¡ No hay pensamiento que pueda distraer mi dolor cuando acabas de eclipsarte á la vida ni sea capaz de ahogar mi pena en torrente de lágrimas! »

— Hija mía; — dijo mistress Chick aprovechando aquella ocasión de aleccionar, — cuando llegues á tener mis años...

— ¡ Lo que es la primavera de la vida! — interrumpió miss Tox.

— Entonces, — prosiguió mistress Chick apretando la mano de miss Tox en señal de gracias por su observación tan delicada, — sabrás que la aflicción no sirve para nada y que debemos someternos á la desgracia.

— Procuraré hacerlo así, querida tía; — contestó sollozando Florencia.

— Así me gusta; — dijo mistress Chick, — porque, ya ves, hijita, como podrá decirte miss Tox, cuyo buen juicio y excelente sentido no se puede poner en duda...

— ¡ Oh, oh, querida Luisa, no me ponga usted colorada! — repuso mis Tox.

— Como podrá decirte miss Tox — prosiguió mistress Chick — confirmándolo con su experiencia, para todo se requiere un esfuerzo. Todo exige un esfuerzo. Y si algún... ¿ cómo se dice? mis... mis...

— ...miserable — apuntó miss Tox.

— No, no; no es eso — exclamó mistress Chick. — ¡ Qué me dice usted! ¡ Válgame Dios! Mis... mis... lo tengo en la punta de la lengua...

— Misterioso afecto — sugirió de nuevo miss Tox, tímidamente.

— ¡ Por el amor de Dios, Lucrecia! — replicó mistress Chick. — ¡ Qué absurdo! ¡ Mis...ántropo! ¡ vaya! eso, eso es. Si algún misántropo... ¡ Misterioso afecto! ¡ Qué idea!... Si algún misántropo hiciese en presencia mía la pregunta de por qué estamos en el mundo, yo le contestaría, sencillamente, que estamos para hacer un esfuerzo.

— Muy bien dicho; — exclamó miss Tox impresionada por la originalidad de la idea. — Muy bien.

— Por desgracia, — continuó mistress Chick — podemos presentar un ejemplo, un triste ejemplo que aquí mismo hemos presenciado. Tenemos poderosas razones para creer que si en esta casa, cierta persona de la familia hubiera hecho á su debido tiempo un esfuerzo, se habría evitado toda una serie de circunstancias desventuradas. Nadie me quitará de la cabeza — prosiguió la digna matrona con aire decidido — que si nuestra pobre Fanny hubiera hecho este esfuerzo, se habría logrado, por lo menos, que el pobrecito niño tuviese mejor temperamento.

Mistress Chick se abandonó un instante á estas ideas; pero, en apoyo de su teoría, hizo un esfuerzo,

y cuando estaba en lo mejor de un sollozo lo cortó y dijo:

— Así, pues, querida Florencia, vamos á ver si tienes ánimo y no aumentas con tu sentimiento egoísta el dolor en que está sumido tu padre.

— ¡ Oh, tía! — exclamó Florencia apoyándose en las rodillas de mistress Chick para poder mirarla mejor á la cara. — Hábleme usted de papá; sí, hábleme usted de él. ¿ Está muy triste?

Miss Tox era de naturaleza sensible y se conmovió al oír estas palabras de la niña. Tal vez vió en ésta como un propósito de continuar para con su padre el amor de su hermano, ó tal vez vió en ella la expresión de un cariño que no quería verse olvidado en aquellas circunstancias tan dolorosas, que deseaba participar del dolor en aquella comunidad de aflicciones. Tal vez miss Tox vió en la niña como una exaltación del ánimo, que suspiraba por el amor del padre y ansiaba alguna palabra de sus labios. Como quiera que fuese, miss Tox se afectó verdaderamente, y olvidándose de la majestuosidad de mistress Chick, acarició á Florencia y rompió á llorar sin esperar más instrucciones de la digna matrona.

La misma mistress Chick perdió un momento su presencia de ánimo y aquella imperturbabilidad de que tanto se enaltecía; sin decir palabra contempló á la linda niña que con tanta resolución y persistencia había cuidado á su hermano. Pero luego recuperó su dominio y el habla, y con suma dignidad dijo:

— Florencia, hija mía, tu papá tiene á veces originalidades; preguntarme por él es entrar en un tema que yo no tengo la pretensión de conocer. Me parece que con más influencia que yo para con tu papá no hay nadie. Pues bien: todo lo que puedo decir de él

es que casi no me ha hablado y que yo le he visto dos ó tres veces, apenas un minuto; y digo ver aunque su cuarto estaba á oscuras. Le he dicho: « Pablo, — éstas han sido mis palabras; — Pablo, ¿ por qué no tomas algún estimulante? » Y me ha contestado: « Luisa, haz el favor de dejarme tranquilo. No necesito nada. Quiero estar solo ». Ni más ni menos. Si mañana tuviese que declarar en justicia, juraría sobre los Santos Evangelios que esas han sido sus palabras.

Miss Tox manifestó su admiración diciendo:

— ¡ Esta Luisa es siempre metódica!

— En una palabra, Florencia — resumió su tía: — literalmente no ha habido nada entre tu padre y yo hasta hoy, en que le he comunicado que han llegado cartas de sir Barnet y lady Skettles sumamente afectuosas... ¡ Pobre niño! Lady Skettles le quería como á un... ¿ Dónde está mi pañuelo?

Miss Tox le dió uno.

— Sumamente afectuosas las cartas, invitándote á que vayas á pasar unos días con ellos para que cambies de escena. También he dicho á tu papá que á mi parecer ha llegado el momento de que miss Tox y yo nos vayamos á nuestras respectivas casas. Hemos convenido en esto. Después le he preguntado si podías aceptar la referida invitación, y me ha contestado: « No, Luisa, de ninguna manera ».

Florencia alzó los ojos, llenos de lágrimas.

— Ahora, si prefieres quedarte aquí, en vez de hacer por el momento esa visita, ó si quieres venirte conmigo á casa...

— Preferiría quedarme, tía; — dijo Florencia, con cierta cortedad.

— Como te parezca; — añadió mistress Chick. —

Pero confieso que la elección me parece muy rara. Es verdad que siempre has tenido gustos raros. Á tu edad, y después de todo lo que ha pasado... Lucrecia, otra vez he perdido el pañuelo... Nadie más que tú preferiría quedarse en esta casa.

— ¡ Dejar la casa abandonada! — dijo Florencia. — Siempre estaría pensándolo. Todas las habitaciones, — la suya, — las del piso de arriba, vacías, sin nadie... Mejor es que me quede yo aquí, por ahora... ¡ Oh, hermano mío, hermano mío!

Era una emoción natural que no podía contenerse. Llevóse las manos á la cara y corrieron las lágrimas, deslizándose entre los dedos. Muchas veces el oprimido pecho necesita este alivio, pues sin ello, el pobre corazón, solitario como el pájaro herido en el ala, revolotearía hasta caer en tierra.

— Vamos, niña; — dijo mistress Chick después de una pausa; — no he querido decirte nada desagradable, ¿ comprendes? Puedes permanecer aquí si te place, hacer lo que te parezca, sin que nadie te contrarie: puedes tener esta seguridad.

Florencia movió la cabeza en señal de asentimiento, y mistress Chick siguió diciendo:

— Apenas empecé á recomendar á papá que se distrajera yendo á pasar una temporada en el campo, una temporada de viaje, cuando me dijo que sí, que, efectivamente, esa intención era la suya. Me parece que marchará muy pronto; y nunca será demasiado pronto. Sin embargo, creo que antes necesitará poner en orden diferentes papeles y otras cosas, como consecuencia de la desgracia que nos aqueja. — No sé qué he hecho del pañuelo, Lucrecia; déjeme usted el suyo. — Esto le ocupará un par de días en su cuarto. Tu papá, Florencia, es un verdadero Dombey

— añadió mistress Chick enjugándose los ojos cuidadosamente con dos puntas del pañuelo de miss Tox. — hará un esfuerzo. ¡ Vaya si lo hará!

Florencia preguntó temblando:

— Tía ¿ no puedo yo también hacer algo por...?

— ¡ Niña, por Dios! — replicó vivamente su tía; — ¿ qué estás diciendo? Si tu papá me ha dicho, á mí, exactamente estas palabras: « Luisa, haz el favor de dejarme tranquilo. No necesito nada. Quiero estar solo »; ¿ qué habría de decirte á ti? Ni se te ocurra presentarte á él, niña. No sueñes tal cosa.

— Tía; — dijo Florencia, — voy á subir á mi cuarto: voy á acostarme.

Mistress Chick aprobó esta resolución y se despidió de su sobrina besándola. Pero miss Tox, con pretexto de ir en busca del pañuelo olvidado, acompañó á Florencia hasta las habitaciones superiores, y allí, en unos cuantos minutos, trató de reconfortar el ánimo de la niña, á pesar del desagrado que Susana Nipper revelaba. Porque para miss Nipper, llevada de su ardiente celo, miss Tox era un verdadero cocodrilo. Sin embargo, aquellas muestras de simpatía parecían sinceras, y desde luego tenían la ventaja de ser muy desinteresadas; — no podía esperar de ellas el más pequeño beneficio.

¿ No había otra persona más allegada, más indicada que Susana para curar aquel angustiado corazón? ¿ No había otro cuello que abrazar, otra cara adonde volverse? ¿ Ni tampoco había otras dulces palabras para consolar aquella aflicción? ¿ Tan sola estaba Florencia en el mundo que no tenía más apoyo? No lo tenía. Sin madre y sin hermano — como si hubiera perdido ambos cariños á la vez con la muerte de Pablo, — únicamente le quedaba Susana

necesitada estaba de cariño en aquellos momentos!

Al principio, cuando recuperó la casa su acostumbrado movimiento, cuando todos los extraños se fueron, no quedando más que los criados y mister Dombey encerrado en su cuarto, Florencia no hacía más que ir de una parte á otra, arriba y abajo, llorosa, sumida en la mayor desolación muchas veces, hasta recogerse en su dormitorio y arrojarle en la cama convulsionada por la pena. Aconteciale esto comúnmente cuando se fijaba en algún objeto asociado por el recuerdo á Pablo ó cuando su atención se concentraba en algún sitio que de igual manera la recordase tiernamente á su hermano: la casa era entonces para Florencia un lugar de tormento.

Pero no está en la naturaleza del amor puro el consumir con crueldad por largo tiempo. La llama formada por elementos terrenales y toscos puede anadar el corazón donde se acoge, pero el fuego sagrado que desciende del cielo, como el que se posó en las cabezas de los Apóstoles haciéndoles ver en cada hombre un hermano, este fuego sagrado es luminoso y no hiere. Tan pronto como la imagen de Pablo se representaba en la mente de Florencia, serenábase ésta, volvía la placidez á su semblante, y aunque continuase llorando, eran sus lágrimas suaves como el recuerdo que las producía.

No tardó mucho en poder contemplar como antes las hondas de oro que á la caída de la tarde serpeaban por la pared del gabinete. No tardó mucho en habitar de preferencia en aquel cuarto, tan apacible y tan serena como lo había estado cuando cuidaba al enfermito. Y si entonces asaltaba su ánimo el sentimiento doloroso de ver vacío el lecho, caía de rodillas y oraba; — así aliviaba su enternecido corazón,

— dando gracias á Dios porque permitía que uno de sus amados ángeles se acordase de ella.

No tardó mucho en dejar oír su voz en aquella morada solitaria y sombría, por la tarde, entonando de una manera lenta, interrumpiéndose á menudo, la canción que Pablo gustaba de escuchar reclinado en el brazo de su hermana. Y más tarde sonaban algunos arpegios, muy bajito, y Florencia cantaba con apagada voz, como si fuese un eco lejano, más bien que la voz misma, aquella canción entonada la noche triste. Pero fué repetida muchas veces — muchas veces en aquella triste soledad; y aun vibraban los sonidos, murmurando en las cuerdas, cuando la dulce voz se extinguía en sollozos.

De esta manera fué recuperando ánimos para contemplar aquellas labores que habían sido su ocupación en los pasados tiempos, cuando estaba sentada con su hermano á orillas del mar; luego llegó el momento en que reanudó aquellas labores — con cariño, como si se tratase de algún ser que hubiese conocido á Pablo. Y entonces, sentada junto á la ventana, cerca del cuadro, retrato de su madre, en la desierta habitación, pasaba horas enteras entregada á sus pensamientos.

¿Por qué levantaba con tanta frecuencia la cabeza para mirar á las sonrosadas niñas de enfrente? No era porque se pareciesen á Pablo: eran niñas, cuatro hermanitas. Eran huérfanas de madre, como ella — pero tenían padre.

Fácil era conocer si este padre se encontraba ó no en casa. Cuando le estaban esperando, la hermanita mayor no se separaba de la ventana, ó se asomaba al balcón para ver si venía, y tan pronto como le divisaba, de lejos, daba señales de contento, en tanto que

sus otras hermanas, asomadas á su vez á las ventanas, se unían en manifestación de júbilo. Bajaba la mayor á la puerta, y cogiéndose á la mano de su padre, subía con él la escalera. Florencia la veía después sentada junto á él, ó en sus rodillas ó abrazada á su cuello y charlando. Y aunque siempre parecían contentos, alguna vez el padre se quedaba mirando á la hija, como si su cara le recordase la de su madre ya difunta. Entonces ya no podía más Florencia y prorrumplía en llanto, escondiéndose detrás de las cortinas, como si estuviera asustada, ó apartándose de la ventana. Pero no podía menos de volver, hasta que de nuevo y sin querer se le caía la labor de las manos.

Era aquella casa la que por tantos años había estado inhabitada. Alquilóse mientras Florencia estuvo fuera; pintada y revocada, adornadas sus ventanas con flores y alegradas con pájaros, no se parecía en nada á lo que antes había sido. Pero Florencia no pensaba en la casa: no veía más que las niñas y el padre.

Observaba Florencia, cuando las ventanas estaban de par en par abiertas, cómo después de comer se reunían las niñas en torno de la mesa con su padre. En el verano la algazara infantil y el eco de sus voces alegres cruzaban la calle y repercutían en el sombrío cuarto donde estaba Florencia. Y las niñas saltaban, trepaban al sofá, donde estaba su padre, ó se acurrucaban á sus pies, mirándole á la cara, mientras él les contaba algún cuento. Otras veces corrían al balcón: entonces Florencia se escondía para no alterar el contento de las niñas con la vista de su enlutado traje y de su soledad en el cuarto sombrío.

La mayor se quedaba con su padre cuando las otras

niñas salían, y hacia el te — ¡oh feliz hacendosa! — y luego conversaba con su padre hasta que llegaba la hora de encender las luces. Aunque tenía menos años que Florencia, sabía darse aires de mujercita, seria, con su libro ó bastidor de bordar en la mano. Cuando encendían las luces, aun Florencia podía contemplarlos mejor y no se movía de su sitio. Pero llegaba el momento en que la niña se despedía de su papá, le abrazaba diciéndole « buenas noches » para ir á acostarse: entonces Florencia sollozaba y no podía seguir mirando.

Y sin embargo, antes de recogerse también ella, volvía Florencia á contemplar la casa de enfrente, al mismo tiempo que en voz baja cantaba la canción que entrecortaba con sollozos. Pero lo que pensaba, lo que sus observaciones le sugerían, esto era un secreto que cuidadosamente guardaba en su alma.

¿No guardaba Florencia — Florencia, tan ingenua y sincera, tan digna del cariño que su hermano había tenido por ella y que le manifestó hasta en sus últimos instantes, — no guardaba Florencia, en medio de aquella candidez que se revelaba en su semblante y en su voz, algún otro secreto? Si; guardaba otro.

Cuando ya no se sentía en la casa el menor ruido, cuando estaban apagadas ya todas las luces, salía Florencia sigilosamente de su cuarto, bajaba con igual sigilo la escalera y se acercaba al cuarto de su padre. Parada en la puerta, apoyaba en ella la cabeza y contentiendo la respiración, se ponía de rodillas y allí permanecía, ansiosa, deseosa de entrar, de echarse á los pies de su padre, de abrazarle, de besarle, de manifestarle su amor, de ser su consuelo, ella, su única hija.

Nadie sabía esto. Nadie lo pensaba. La pu

29084

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO M. VES"
1625 MONTERREY, MEX.

siempre estaba cerrada : su padre siempre estaba dentro. Había salido una ó dos veces; se decía en la casa que pronto iba á marcharse de viaje; pero él seguía encerrado, solo, sin pensar en su hija, sin verla, sin preguntar por ella.

Había transcurrido una semana, desde los funerales, cuando un día, hallándose Florencia entretenida en su labor, se presentó Susana, medio llorosa, medio riendo, y anunció una visita, un caballero.

— ¡Un caballero! — exclamó Florencia asombrada.

— Sí, señorita; un caballero joven. Es sorprendente, ya lo sé : bien quisiera yo que tuviese usted muchas visitas; — añadió Susana; — estaria usted más distraída. Y á mi parecer lo mejor que podríamos hacer sería marcharnos cuanto antes á casa de los señores Skettles : cuanto más pronto nos vayamos, mejor será para las dos : no tengo empeño en hacer vida de sociedad, pero tampoco soy un hurón.

Hagamos á miss Nipper la justicia de creer que más hablaba por su señorita que por ella : se le conocía en la cara.

— ¿Quién es? — preguntó Florencia.

Susana, entre sus ganas de llorar y de reir, contestó :

— Mister Toots.

Una sonrisa apareció en el rostro de Florencia, pero al momento saltaron en sus ojos las lágrimas. En fin, había sido una sonrisa y esto produjo gran satisfacción en miss Nipper.

— Lo mismo me ha sucedido á mí; — dijo Susana, pasándose el pañuelo por los ojos y moviendo la cabeza; — al pronto me han dado ganas de reir, viendo á este pobre chico; y luego me han dado ganas de llorar.

Iba Susana á repetir involuntariamente la escena cuando tocaron en la puerta : era Toots que había subido detrás de Susana y que sin darse cuenta del efecto que producía, se anunciaba por sí mismo. Abrió la puerta y entró con apresuramiento diciendo :

— Buenos días, miss Dombey. ¿Cómo está usted? Yo estoy bien, gracias. ¿Y usted?

Mister Toots — uno de los mejores corazones del mundo, aunque en punto á ingenio podían hallarse inteligencias superiores; — había preparado laboriosamente aquel largo discurso con propósito de aliviar el sufrimiento de Florencia — y el suyo propio. Pero visto que estaban agotadas sus provisiones de tan imprevisora manera, antes de sentarse, antes de que Florencia hubiese pronunciado una palabra, sin haber pasado siquiera el umbral de la puerta, tomó la determinación de empezar nuevamente :

— Buenos días, miss Dombey. ¿Cómo está usted? Yo estoy bien, gracias. ¿Y usted?

Florencia contestó que estaba bien y le dió la mano.

— Yo también estoy perfectamente; — añadió Toots cogiendo una silla y sentándose. Estoy muy bien.

Y luego, después de reflexionar un instante, añadió el joven :

— No me acuerdo de haber estado nunca mejor. Muchas gracias.

— Agradezco á usted su visita; — dijo Florencia reanudando su labor. — Tengo mucho gusto en volver á verle.

Mister Toots contestó con una risotada. Pero al instante se le ocurrió que no era correcto reirse en aquellas circunstancias y así remedió la risa añá-

diendo un suspiro. Se le ocurrió entonces que tal vez era incorrecta la melancolía exagerada y corrigió el efecto añadiendo otra risa. Y satisfecho de aquella manera de réplica respiró fuertemente.

— Ha sido usted muy bondadoso con mi hermano; — añadió Florencia. — Me hablaba de usted muchas veces.

— ¡Oh! eso no tiene importancia; — contestó inmediatamente Toots. — Hace calor; ¿verdad?

— Un tiempo hermoso; — replicó su interlocutora.

— Tan bueno como yo; — dijo Toots. — No me acuerdo de haber estado nunca mejor. Muchas gracias.

Consignado este curioso é inesperado hecho, cayó Toots en profundo silencio.

— ¿Ya no volverá usted al colegio del doctor Blimber? dijo Florencia, por hablar de algo.

— Así lo espero; — contestó mister Toots sin hablar más palabras.

Durante diez minutos estuvo mister Toots abismado, sin señales de vida. Luego resucitó diciendo:

— En fin, miss Dombey, ¡buenos días!

— ¿Se marcha usted? — repuso Florencia levantándose.

— No sé... No, todavía no; — dijo Toots, sentándose otra vez. — El caso es que... yo quería...

— No tenga usted reparo en decir lo que quiera — dijo Florencia sonriente. — Me gustará mucho oírle á usted hablar de mi hermano.

— ¿De veras? — repuso Mr. Toots dando á su rostro una expresión simpática en él no acostumbrada. — ¡Pobre Dombey! No hubiera creído yo nunca que Burgess y C^{ia}. — sastres de moda (pero caros) de quienes hablábamos á menudo, habrían de hacerme

este traje. — En efecto Toots estaba vestido de luto riguroso. — ¡Pobre Dombey! Lo que yo quería... miss Dombey...

— Diga usted...

— Es que ahí está un amigo á quien finalmente quiso él mucho. Y he pensado que á usted acaso le pareciera bien tenerlo, como recuerdo. ¿Se acuerda usted de Diógenes?

— Sí, sí... — dijo Florencia, conmovida.

— ¡Pobre Dombey! Yo soy lo mismo; — añadió Toots.

Al ver como lloraba Florencia, ya no supo Toots qué decir. Iba á quedarse otra vez 'mudo; pero se le ocurrió reír y con esto cobró ánimos para seguir hablando.

— Quería decir — prosiguió — que hubiera dado con gusto diez chelines por él, si no me lo hubiesen regalado: lo hubiera hecho robar, caso necesario. ¡Ya lo creo! Pero me parece que los Blimber no han sentido mucho deshacerse de él. Si usted lo quiere, abajo está. Yo lo he traído para usted. No es un perrito á propósito para casa, ya lo sé: pero, en fin, no reparará usted en esto, ¿verdad?

Al acercarse á la ventana vieron que, en efecto, Diógenes asomaba la cabeza por la ventanilla de un coche, parado en la puerta. Allí le habían encerrado á traición, haciéndole creer que se trataba de cazar alguna rata entre la estera, debajo del asiento. No; no era un perro para andar por casa; en su deseo de salir de su cárcel se manifestaba de una manera muy poco favorable; abría de medio lado la boca, gruñía, saltaba queriendo salir por la ventanilla y se caía dentro para volver á asomar el hocico enseñando

la lengua como si hubiese venido á una consulta médica.

No importa: ya podía ser Diógenes el más ridiculo de todos los perros callejeros, indómito, feísimo, ordinariote, con una cabezota redonda, continuamente preocupado con la idea de que cerca había de estar algún enemigo contra el que era indispensable ladrar; ya podía tener mal genio, inteligencia tarda y pelos hasta encima de los ojos, la nariz chata, el rabo retorcido y la voz ronca; todo esto no importaba nada; desde el momento en que Pablo había recomendado que se cuidase de él, Florencia le estimaba más que si se tratara de un ejemplar preciadísimo y raro. Tan cariñosamente fué recibido aquel horrible perro, en tanto lo estimó Florencia, que movida por su gratitud tomó la mano de Toots y la besó. Á todo esto ya Diógenes fué sacado del coche (trabajo costó hacerle salir), y saltando subió por la escalera y se metió en el cuarto de Florencia. En seguida se puso á recorrerlo todo, por los rincones, por bajo de los muebles, arrastrando una larga cadena y enredándola con las patas de las sillas y mesas, tirando de ella con impaciencia tal, que se le hinchaban los ojos de ira. Así le dió por gruñir y luego ladrar á Mr. Toots, y por abalanzarse á las piernas del criado Towlinson, como si al fin hubiese hallado á su oculto enemigo, aquel á quien tanto había perseguido, inútilmente, por las esquinas de las calles, y al que tanto había ladrado desde el comienzo de su vida. Sin embargo, Florencia quedó tan encantada como si aquel animal hubiera sido un prodigio de discreción.

Mr. Toots estaba contentísimo al ver el gran efecto que producía su regalo, al ver cómo Florencia acariciaba á Diógenes pasándole delicadamente la mano

por su erizado lomo: tan contento que no se decidía á despedirse. Aun hubiese necesitado largo rato para tomar esta resolución si Diógenes no hubiese acudido en su auxilio. En efecto, antojósele de pronto al perro ladrar á Toots, abalanzarse á él enseñándole los dientes: aquellas manifestaciones podían concluir de mala manera, las hechuras de Burgess y Compañía corrían inminente peligro. Toots lo comprendió, y aunque riendo, de su bonachona manera, fué andando hacia atrás y salió de la habitación, cerrando la puerta. Luego volvió á abrir y cerrar, dos ó tres veces, sin saber por qué, y como cada vez que abría Diógenes se abalanzaba á él, ladrando, al fin cerró y positivamente se fué.

— ¡Aquí, Di.; venga usted aquí, Di.! ¡Hágase usted amigo de su ama! ¡Á ver... Di... querámonos mucho... pobre Diógenes! — dijo Florencia acariciando la velluda cabeza. Y Di., el encrespado y ceñudo Di., como si su piel hubiera sentido el efecto de las lágrimas que caían en ella y su burdo corazón de perro se hubiese enternecido, levantó el hocico hacia la cara de su ama en juramento de fidelidad.

Diógenes, el hombre, no habló á Alejandro Magno con mayor claridad que Diógenes, el perro, habló á Florencia. Aceptó de todo corazón la oferta de su ama, y se declaró con toda devoción á su servicio. Inmediatamente le fué servida una comida opípara en un rincón del cuarto, y cuando hubo comido y bebido hasta atracarse, fué á donde estaba Florencia sentada, se puso en pie sobre sus patas traseras, apoyó las delanteras en los hombros de su ama y le lamió la cara y las manos dándole con la cabeza en el pecho y meneando el rabo hasta cansarse. Finalmente, Dió-

genes se echó á los pies de Florencia y se quedó dormido.

No era miss Nipper muy aficionada á los perros. Así, cuando entraba en el cuarto se recogía las faldas como si se tratara de vadear un arroyo pasando sobre piedras. También se asustaba y se subía á las sillas cuando veía que Diógenes se desperezaba; pero, en suma, no dejaba de estar agradecida en cierto modo, al regalo de Mr. Toots, puesto que Florencia se hallaba tan contenta con aquel tosco amigo de Pablo. Era evidente que Susana hacía comparaciones mentales: acaso pensaba en el proceder de Mr. Dombey y lo asociaba en sus ideas con lo que estaba viendo en el perro. En todo caso, después de observar á Diógenes y á su ama, y de preparar lo mejor que pudo una cama para el nuevo habitante, en el pasillo, antes de dar las buenas noches á Florencia, le dijo:

— Señorita, su papá se marcha mañana temprano.

— ¿Mañana temprano, Susana?

— Sí, por la mañana; están dadas las órdenes.

— ¿Y sabes á dónde va papá? — preguntó Florencia sin mirar á Susana.

— Exactamente no, señorita; pero por de pronto va en busca de ese famoso comandante. Si alguna vez llegase yo á tratar á un comandante (¡Dios me libre!) no sería á uno que tuviese cara de añil.

— ¡Vamos, Susana! — dijo Florencia amablemente.

— Sí, sí; — añadió miss Nipper, colorada de indignación y hablando más de prisa, — yo no tengo la culpa de que ese buen señor esté amoratado; por mi parte, á fe de cristiana, no quiero tener tratos más que con personas de color natural.

Por los informes que Susana había recogido entre

los criados y que comunicó á Florencia, se entendía que mistress Chick había propuesto á mister Dombey que se hiciera acompañar del comandante y que mister Dombey, no sin alguna vacilación había concluido por invitar á dicho caballero.

— ¡Y pensar que eso puede servir de distracción! — añadió miss Nipper sin contener su menosprecio. — Pues si ese hombre es una distracción, vale más aburrirse.

— ¡Buenas noches, Susana!

— ¡Buenas noches, señorita!

— El tono de conmiseración con que Susana dió estas buenas noches afectó á Florencia cruelmente, haciendo vibrar en ella sentimientos que nunca hallaban eco. Quedó sola Florencia, apoyada la cabeza en una mano, la otra mano en el pecho, conteniendo los latidos del corazón; así dió libre curso á su pena.

Negra estaba la noche. Caía melancólica lluvia, azotando los cristales con variedad de ruidos. El viento sacudía las ventanas, y se quebraba con estrépito en la fachada de la casa, silbando entre los árboles, y en tanto que Florencia lloraba, se deslizaba el tiempo hasta sonar en el lejano campanario la hora fatídica de media noche.

Florencia era casi una niña, por sus años; — aun no tenía catorce, — y oír aquella hora triste, hallándose solitaria en la casa por donde había pasado la muerte dejando tan lamentables huellas, podía sugerirle ideas temerosas y lúgubres. Pero no sucedió esto. Ocupada su inocente imaginación en otros pensamientos, pensaba en el amor — en un amor errante, abandonado; — pero siempre dirigido á su padre.

Ni la lluvia que azotaba los cristales, ni el viento que sacudía las ventanas, ni el silbido de los árboles,

ni el toque de solemnes campanas podían distraer su atención ni atenuar su interés. El recuerdo del fallecido niño — presente siempre á su ánimo — era eso mismo; era la misma cosa. Sí, sí; verse desechada, menospreciada, sin haber visto la cara de su padre, sin haberle tocado siquiera desde la hora fatal.

Desde la hora fatal, tampoco ella, la pobre niña, hubiera podido dormir sin ir antes en peregrinación hasta la puerta del cuarto de su padre. Extraño espectáculo y triste hubiera sido ver cómo aquella niña bajaba la escalera, á escondidas y en medio de la oscuridad se acercaba á la puerta con el corazón palpitante y los ojos en lágrimas. Pero la noche cubría todo con su manto y nadie sabía cosa alguna.

Florencia bajó aquella noche como todas; pero al tocar la puerta notó que no estaba cerrada. Por la primera vez la encontraba entreabierta; muy poco, es verdad, apenas había una rendija por donde se veía la luz, dentro de la habitación encendida. El primer impulso de la niña — al que obedeció — fué de volverse atrás tímidamente. Luego, con irresolución, se detuvo, pensando si abriría la puerta y entraría.

Aquella puerta, por poco abierta que estuviera, daba salida á una esperanza. La raya luminosa que por la rendija salía, llegando á señalar un filete en el umbral de mármol, infundía valor. Tornó Florencia hacia la puerta, sin saber bien por qué; pero guiada por la idea de una comunidad de sentimientos, de una pena que compartir, de un cariño del cual participar; empujó un poquito la puerta y, temblando, entró en el gabinete de su padre.

Su padre estaba allí, sentado al lado de una mesa, en medio del cuarto. Estaba poniendo en orden unos apeles, rompiendo otros, cuyos pedazos yacían por

el suelo. Oíase el ruido de la lluvia en la galería de cristales, más allá, en el cuarto del fondo, donde tantas veces estuvo la cuna de Pablo. Y más lejos aún gemía el viento.

Pero no para él: para mister Dombey no había otra cosa que la mesa, en la que fijaba la vista sumido en pensamientos de tal modo profundos, que no ya los menudos pasos de su hija, pero otros más pesados, no hubieran atraído su atención. Su cara daba frente á la puerta. Á la luz de la lámpara, en aquella hora misteriosa, parecía desalentado y abatido. La soledad que le rodeaba fué para Florencia como una invitación á que le hablara.

— ¡Papá, papá... hábleme usted, querido papá!

Al oír esta voz, mister Dombey se levantó rápidamente y salió al encuentro de su hija. Ya estaba ésta muy cerca, con los brazos abiertos, cuando mister Dombey retrocedió y, friamente, dijo:

— ¿Qué es esto? ¿Por qué vienes aquí? ¿Qué te ha asustado?

Lo único que la había asustado era aquella cara de su padre, que la estaba mirando. El ardiente cariño que en aquel pecho juvenil ardía quedó helado por aquella mirada. Florencia se detuvo, inmóvil, como si se hubiese convertido en estatua.

Ni una señal de ternura ni de compasión, ni el menor ademán de emoción paterna, ni la más pequeña muestra de interés; no hubo en mister Dombey un movimiento: como si no conociese á su hija. Aquella antigua indiferencia, aquella fría actitud de otros tiempos, se había trocado en otra cosa; otra cosa en que Florencia no creía, que se resistía á creer, y que, sin embargo, sentía en toda su fuerza sin acertar á

darle nombre; como si la mirada de su padre cubriese su cabeza de sombras.

¿Veía mister Dombey en Florencia la rival de su hijo, la sucesora llena de salud y de vida? ¿Veía en ella la rival de su propio cariño en el afecto de su hijo? ¿Eran recelos, era orgullo, que venían á emponzoñar los recuerdos que aun debieran hacer á su hija más digna del amor paterno? Acaso veía con dolor su belleza y su porvenir, pensando en su hijo desgraciado.

Otros eran los pensamientos de Florencia. Pero el amor conoce pronto cuando no cabe ya esperanza; desesperó Florencia por completo, quieta delante de su padre.

— Te pregunto qué es lo que te ha asustado. Sin duda te ha sucedido algo, cuando vienes aquí.

— He venido, papá...

— Contra mi deseo. ¿Por qué?

Bien comprendía Florencia que no era necesario decirlo: que estaba bien escrito en su cara aquel por qué; por esto, llevándose las manos á los ojos, rompió á llorar lanzando un grito doloroso.

Dejadle, dejadle; ya se acordará de este grito, dentro de algunos años, en este mismo cuarto. Antes de romper el silencio, se deshizo en el aire. Tal vez pensara alejarlo de su mente, de igual manera rápida; pero no, allí quedaba; dejadle, ya se acordará de este grito, dentro de algunos años, en este mismo cuarto.

La cogió del brazo. Su mano estaba fría, floja, apenas se ciñó para sujetar.

— Estás cansada — dijo al mismo tiempo que la empujaba hacia la puerta; — anda, anda, vete á dormir: necesitas dormir, todos necesitamos descan-

sar. Acaso has tenido una pesadilla. Anda, anda, buenas noches, Florencia.

Si; había sido un sueño; pero ya estaba disipado, ¡Dios la ampare! disipado, desvanecido para siempre.

— Voy á alumbrarte desde aquí para que subas. Toda la casa es tuya; — añadió lentamente mister Dombey. — Ahora eres la dueña. ¡Buenas noches!

Tapándose aún la cara con las manos y sollozando, Florencia contestó: « Buenas noches, papá », y subió silenciosamente á su cuarto. Una vez miró atrás como si tuviera el propósito de volver hacia su padre, pero temerosa; fué idea momentánea sin esperanza de realizarse: su padre estaba quieto con la luz en la mano, insensible, inmóvil, y así permaneció hasta el momento en que la falda de su hija se perdió en las tinieblas.

Dejadle, dejadle: ya se acordará de esto, en el mismo lugar, dentro de algunos años: la lluvia que golpea el tejado, el viento que está gimiendo fuera, quizá lo vaticinan con sus melancólicos ruidos. Dejadle: ya se acordará de todo esto, dentro de algunos años.

La última vez que la había visto en aquel mismo sitio, subiendo la escalera, llevaba á su hermanito en brazos; pero no le conmovió este recuerdo, al contrario, le endureció más el corazón. Volvió á entrar en su cuarto, cerró la puerta, se sentó en una silla y lloró; — ¡lloró pensando en su hijo!

Diógenes estaba bien despierto, en su puesto, esperando á su ama.

— ¡Oh, Di, querido Di! ¡quíereme tú mucho en memoria de él!

Ya la quería Diógenes, por ella misma, y no trataba de disimularlo. Altamente ridículo estuvo con

piruetas y sus saltos en el pasillo. Y luego, cuando se quedó Florencia dormida, soñando con las niñas rubias de enfrente, Diógenes empujó la puerta con las patas, entró en el cuarto, se echó en un almohadón, á lo largo, bajo una mesa, mirando de reojo á su ama, hasta que en fuerza de parpadear se durmió también, soñando, entre gruñidos apagados, con su enemigo imaginario.

CAPÍTULO XIX

WÁLTER SE MARCHA

El guardia marina de madera seguía en la puerta del óptico del modo más indiferente, sin corazón, sin importársele nada que Wálter estuviese preparando su viaje, sin conmoverse lo más mínimo aquel día, el último, que pasaba el joven con su tío y que ya concluía. Siempre con el anteojo fijo en el botón negro que le servía de ojo, siempre con rostro alegre, el guardia marina daba al aire los faldones de su casaca, y absorto en sus observaciones científicas no se preocupaba por cosas de la vida. Lo único que de este mundo parecía afectarle era el tiempo : un día seco le cubría de polvo : un día de niebla le llenaba de motitas de hollín : la lluvia ponía reluciente su uniforme y el sol le calcinaba. Pero, fuera de esto, era un guardia marina insensible, endurecido, infatuado, dado por completo á sus descubrimientos y sin estar inquieto por cuanto pasaba en torno suyo más que lo estuvo Arquímedes en el sitio de Siracusa.

Tal era, al menos, la actitud que parecía tener el guardia marina con respecto á los asuntos domésticos. Wálter le miraba muchas veces con interés, al pasar por debajo, al entrar ó salir. El pobre viejo